

Los expertos hablaron sobre la narcocultura y su presencia en México

Los *narcocorridos*: el reflejo de una sociedad que no cuestiona a su gobierno

•Más que cuestionar al narcocorrido habría que cuestionar a los gobiernos:

Ingrid Urgelles

•El narco no se va a ir, la corrupción tampoco: Alejandro Almazán



Uriel Castro Rodríguez | 28.02.2024

“¡No avanza el metrobús”, fue lo que murmuré al percatarme del tránsito lento y pesado que había en la calle República de Venezuela en el Centro Histórico. Ansioso y molesto por llegar lo más pronto posible a la Feria Internacional del Libro en el Palacio de Minería, veía la hora en mi reloj constantemente. Era un calor apabullante, con gotas que escurrían en cada parte de mi cuerpo como señal del inicio próximo de la primavera.

Llegué a Tacuba número cinco, domicilio del palacio. Compré mi boleto, entré al inmueble y caminé rápidamente a la sala Manuel Tolsá, lugar en el que estaba iniciando la conferencia “*Narcocorridos: ¿Apología o cultura popular?*”, programada para la una de la tarde del 24 de febrero del 2024. Se respiraba un ambiente pacífico e imperturbable, pues era uno de esos días en donde no había

mucha gente, aunque totalmente opuesto a la ansiedad y presión que sentía en ese momento.

Una vez que llegué a la sala, con 15 minutos de retraso, la conferencia ya estaba en pleno desarrollo. Me senté en una de las pocas sillas que permanecían aún vacías y me dispuse a escuchar a los conferencistas.

Alejandro Almazán; periodista y escritor mexicano, tres veces ganador del Premio Nacional de Periodismo y autor de la obra *Jefas y jefes: Las crisis políticas que formaron a la Ciudad de México*, e Ingrid Urgelles; abogada, magíster en letras, doctora en literatura y autora de varios capítulos de libros en temas relacionados con la *narcoliteratura*, fueron los encargados de impartir la conferencia. Se veía un público atento a cada una de las palabras de los expertos. Alejandro fue quien estaba hablando cuando tomé asiento:

—El narcocorrido no es causante de la muerte—aseguró Almazán con una de las frases más controversiales de la conferencia. En cuanto escuché esas palabras, afirmé con la cabeza.

Después de unos minutos, Urgelles tomó la batuta y empezó a soltar palabras sin cesar:

—Lo narco tiene un sentido no nada más económico (...) Es una estética, un gusto popular, es una posibilidad de salir de pobres—sentenció Ingrid sin titubear.

Terminó la conferencia. Se levantaron de sus sillas pues el *staff* de la feria tenía que preparar todo para la próxima actividad programada. Luego de atender a unos estudiantes, me acerqué a Alejandro e Ingrid:

—Hola, buenas tardes. Soy Uriel Castro, estudiante de periodismo de la UNAM, y me gustaría hacerles una entrevista.

—Sí, claro. Si quieres vamos aquí afuera—dijo el escritor sin rodeos.

Salimos de la sala. Había muchas personas transitando por el pasillo y algunas otras compraban libros en el *stand* del Colegio de México. Desde el piso en el que me encontraba se podía observar el Patio de la Autonomía ocupado por la Universidad Iberoamericana.

Esperé un rato a que los expertos platicaran con un asistente a la conferencia. Pasaron cinco minutos y Alejandro solamente se dirigió a mí, ya que Ingrid continuaba conversando. Era un señor alto, 1.80 metros quizá, con lentes redondos y una camisa cuadriculada gris con azul. Proseguí a presentarme con él, le platiqué la temática de la entrevista y, con grabadora en mano, iniciaron los cuestionamientos:

—Los *narcocorridos*, ¿una insignificante expresión artística o el reflejo de una sociedad violenta e insegura?

El reportero experimentado pensó unos segundos antes de soltar la respuesta.

—Es el reflejo de una sociedad, solamente están tratando de construir musicalmente esa realidad—respondió refiriéndose a los *narcocorridos*—A la gente le duele, le avergüenza. Hay muchos que te pueden decir que eso no es México pero desgraciadamente sí lo es. No quieren que esa sea la cara que tiene. Este es un país con doble o triple moral.

Noté de inmediato que el escritor no tenía miedo a disparar sin importar dónde cayera la bala, al que le gustaba la burla y la sátira. Sentí que esto era una

simple plática con un amigo a quien conocía de toda mi vida. No tardé mucho en liberar la siguiente pregunta:

—¿Los narcocorridos son aspiracionales?¿Hace que las personas deseen el tipo de vida de los grupos criminales?

—Claro que tienen un aire aspiracional—prosiguió—pero depende de tu círculo social. No me imagino a un niño rico que le haga sentido esa música. Yo que conozco un poco más la sociedad sinaloense me doy cuenta que ha normalizado la “narcocultura”. Me sorprendió mucho lo del *culiacanazo*. La gente en Culiacán decía: ‘Hemos perdido la ciudad’, pero si la perdieron desde los ochentas, sólo que ustedes no se dieron cuenta.

No me movía. Lo escuchaba detenidamente para no perder el hilo de lo que me hablaba. Me quedé sorprendido cuando mencionó que esta música también tiene relación con la masculinidad. No comprendía este vínculo, hasta que resolvió mis dudas:

—Nosotros como hombres nos validamos con los hombres. Si tu amigo tiene una “troca”, una novia “buchona” y tú no, te pega en tu ego. Te forza a que tú también quieras eso. De la masculinidad se derivan todas nuestras conductas a las que estamos acostumbrados desde niños—recalcó.

Muchas personas a nuestra alrededor nos observaban mientras dialogábamos. Quizá se debió a que estábamos en medio del pasillo y estorbábamos un poco.

El escritor terminó por responder:

—Creo que es simplemente una consecuencia de lo que está pasando. El narcocorrido no mata, más bien son las condiciones sociales lo que hace que algunos se enganchen con el narcotráfico y tomen estas canciones como himno.

Al concluir sus palabras, Ingrid se unió a la entrevista. Recuerdo que era una mujer delgada, 1.60 metros, cabello lacio y con un lenguaje corporal más tenso.

—¿Prohibir los narcocorridos resolverá las problemáticas de inseguridad y narcotráfico en comunidades que padecen este tipo de situaciones?

—El *narcocorrido* es una manifestación artística de una situación que existe en la realidad. La situación tiene sus razones de ser, y tienen que ver con las condiciones materiales, la falta de oportunidad, la no presencia del Estado (...)—aseveró Ingrid.

Además, con una expresión seria criticó que, más que cuestionar al *narcocorrido*, la música, habría que cuestionar a los gobiernos que no le dan oportunidad a los jóvenes. Dijo que el problema está en el origen y que la respuesta jamás va a ser porque escuchan una canción.

Ya habían transcurrido diez minutos y la entrevista continuaba. Las personas dejaron de fluir en gran magnitud por el largo pasillo, incluso ya podía escuchar mucho mejor la voz de la abogada. Si bien la plática tomó un camino totalmente distinto al que tenía previsto, poco a poco entramos en confianza.

Sin tenerla anotada en mi lista de preguntas, cuestioné:

—En la conferencia se mencionó que la narcocultura tiene una estética. Entonces ¿su censura no es tanto por no ser moralmente aceptable sino por una cuestión clasista?

—Hay una evaluación que se hace y que tiene que ver con el clasismo, la cual se ha hecho a lo largo de la historia: ¿Qué objeto de arte es bueno y malo? ¿Cuál es superior a otro? ¿Cuál es la alta y la baja cultura?—expresó—. La alta y baja

cultura siempre han estado distanciadas por un tema de clase social. La baja cultura siempre ha sido asociada a la cultura popular, la que se hace en territorios no urbanos, céntricos o donde los recursos son más limitados. Por otro lado, la alta cultura se le asocia a todos aquellos productos que se hacen en el norte global: Estados Unidos o Europa. Es una evaluación muy colonizadora y clasista (...) Puedes ir a cosas tan simples como el graffiti, que mucha gente considera que es una basura. Es una manifestación de cultura popular y que, con el tiempo, se reivindicó porque un inglés, *Banksy*, empezó a hacer graffiti, y como se hacía en Inglaterra entonces sí lo aceptábamos. Pero cuando se hacía en latinoamérica entonces estaba mal y era de baja cultura.

El punto central de la entrevista había quedado de lado. A pesar de ello, la conversación tomó un rumbo un poco más especializado, pues las respuestas de Urgelles se fueron enfocando en un campo que ella conocía ampliamente. Para ese momento, la calma había vuelto al pasillo en el que estábamos parados y el personal de los *stands* por fin tuvo un respiro.

Sentí que estábamos en el mismo canal, pues ya no era solo una labor periodística sino que me estaba nutriendo de sus conocimientos y reflexiones. Al terminar su respuesta inmediatamente hice la siguiente pregunta, con mucha curiosidad e intriga:

—¿La cultura está influenciada por quien tiene el poder?

—Podemos citar a Pierre Bourdieu con el campo cultural. Él dice: ‘Lo que la institución cultural evalúa como bueno o malo, lo que se va vender o no, siempre tiene relación con el poder’—aseveró—.Por ejemplo: las universidades, las editoriales, los académicos, los medios de comunicación, ciertas industrias tienen el poder de decir qué sí y qué no, qué texto o música se instala al centro y cuál queda en la periferia. El hecho de que hoy estemos consumiendo un

determinado tipo de película, no significa que no se estén haciendo otras al mismo tiempo que se están quedando en la periferia.

Después de quince minutos de iniciada la charla, me sentí presionado pues supuse que la entrevista ya había tardado demasiado, pero finalmente hice la última pregunta:

—¿Tanto los narcocorridos como la violencia e inseguridad en México son fenómenos ya normalizados que difícilmente desaparecerán?

El primero en responder fue Alejandro, quien después de varios minutos aún seguía con el mismo entusiasmo con el que había iniciado.

—El *narco* no se va a ir, la corrupción tampoco. Es algo con lo que tendremos que aprender a convivir hasta que los gobiernos realmente entiendan las causas. Falta más empleo, más cultura, no le puedes dar solamente a los chicos programas sociales. Es un primer ataque para contener, pero se necesita algo más allá— afirmó—. Desde que entré al periodismo hace treinta años siempre se habló de que había dinero del narcotráfico en las campañas. Yo creo que si no hay dinero del narcotráfico en las campañas sería absurdo, claro que hay. Y si no hay dinero del narco hay dinero sucio porque aquí en México hay muchos poderes que son muy sucios.

Por otro lado, la doctora en literatura realizó un comentario aún más contundente:

—Siempre tiene que haber una industria que se encargue de aquello que no está en la legalidad. Por lo tanto, no hay que ver el narco como algo independiente (...) El narco y las mafias han sido super funcionales al modelo. Toda mafia controla los mercados sumamente lucrativos que tienen que ver con

drogas, tráfico de personas, piratería, etc. Todo aquello que queda fuera de lo moralmente bien o lo legal es manejado por otra industria transnacional, que es una mafia (...) Nunca va desaparecer porque es funcional al poder.

Como últimas palabras, ya sin responder a un cuestionamiento, el periodista Almazán me dio un consejo muy valioso:

—Sé honesto contigo. Creo que hay que tener un equilibrio, no imparcialidad (...) Si vas a ser de derecha, no hay pedo, *wey*. Asúmelo. Si vas a ser de izquierda, órale. Hay algo que nos enseñan en la universidad que dice: ‘No existe el periodismo militante’. El periodismo es militante. No eres neutro.

Luego de eso nos despedimos, sin olvidarme de haberles agradecido la entrevista. Todavía me tomé el tiempo para dar una vuelta rápida por los *stands* de las distintas editoriales. Eran las dos y media de la tarde, y sin más que hacer en la feria e inquieto por no saber si iba a llegar a tiempo a mi clase en la facultad, decidí retirarme.

Me sentí satisfecho y contento por haber logrado mi objetivo: llevar conmigo una historia que contar.